Séneca, declarando cómo se compadecía el señorío del sabio en todas las cosas, teniendo ellas otros dueños particulares, lo declara con el ejemplo del rey: «No es impedimento—dice este filósofo (9)—que sea alguna cosa del sabio y juntamente de aquel particular, a quien se dió y aplicó; al rey pertenece el poderío, y a cada uno el dominio.» Con esto declara cómo puede la virtud tener la dignidad y monarquía del rey, con el dominio de otros particulares.

Pues si la virtud natural puede sublimar tanto a los hombres, que se señoreen de todo, ¿cuánto mejor lo hará la gracia, que es la perfección y vida de las virtudes, y trae consigo todas las sobrenaturales, que hacen incomparables ventajas a toda la virtud natural que pudieron alcanzar los filósofos, y da muchos más, y mayores y más verdaderos títulos, y la legítima investidura para una excelente monarquía de todo el mundo?

## § 3

### *Títulos de la gracia para el señorío universal.*

1. El primer título es por ser verdaderamente *hijo de Dios*, a quien el mismo Dios prohijó y adoptó por hijo querido, dándole derecho de herencia a su reino y toda su hacienda; y como Dios es Señor y monarca de todo, así se comunica a su hijo la dignidad de este señorío y monarquía sobre todo. A Dios llama Judit *Señor de la tierra universal*, y quien es su hijo será también señor de toda la tierra: porque lo que es del padre es del hijo, y esto mucho más respecto de Dios, donde no es menester que muera el Padre para que herede el hijo, sino que siendo el Padre *eterno*, se da *en tiempo* la herencia al hijo. Cristo nuestro Redentor no dijo: *Bienaventura-*

(9) *De Benef.*, lib. 2, cap. 4.

*dos los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos*; sino *porque de ellos es*. Ni prometió sólo el señorío del cielo en las bienaventuranzas, sino también la posesión de la tierra. Dios es señor del cielo y tierra, y así sus hijos verdaderos serán señores de cielo y tierra.

Considerando esta potestad y señorío de los justos por ser hijos de Dios, que se consumará en el cielo, dice San Anselmo (10): «¿Cómo se puede pensar cuánta honra recibirá de toda criatura aquel a quien el Dios de toda criatura le tendrá por amigo e hijo? Toda criatura estará sujeta a él, lo cual será una grande e incomparable honra. Será también la potestad de aquellos bienaventurados tanta cuanta quisieren; porque todo lo que quisiere alguno de ellos que se haga, o en el cielo, o en la tierra, o en el mar, o en el profundo del infierno, o lo mandare, sin contradicción alguna se hará. Parecerá esto que decimos maravilla; pero si bien se considera dónde están sublimados, y de qué cuerpo seremos miembros, y que ninguna cosa faltará a los que le aman, no será increíble.» Todo esto es de San Alselmo, el cual añade luego: «Esta potestad tendrán los Santos de Dios, porque poseerán todas las cosas con el Hijo de Dios.»

2. El segundo título es por ser el alma que está en gracia *esposa de Dios*, y hacerse un espíritu con Él; porque, como ya notamos, si el matrimonio humano, por hacer a dos una carne, comunica el señorío del uno al otro, de modo que por casarse con una reina es rey el marido, y al contrario, la dignidad del esposo se comunica a la esposa, ¿por qué no había de tener el matrimonio espiritual de la gracia semejante privilegio, pues por él *se hace el hombre un espíritu con Dios*, como dice San Pablo? Añade Gerson: «Si un espíritu, también un Señor.» Y como Dios

(10) Lib. *De quatuordecim beatitud.*

es Señor de todas las cosas, también es Señor de todas las cosas quien está en gracia.

Y así, Filipo Abad (11), ponderando aquellas palabras de los *Cantares*: *La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra*, dice: «Con razón y derecho se dice *nuestra*, porque ya la posesión es común de entrambos, esto es, del Esposo y de la Esposa. No se ha de decir que tienen cosa que no sea común aquellos cuyo espíritu y carne se ha hecho una cosa, sino que lo que es de la Esposa eso lo toma el Esposo, porque tampoco lo que es suyo lo quiere retener como propio, sino que lo comunica al alma, para que se gocen de tener todas las cosas comunes; y así, dijo: *Padre nuestro, que estás en los cielos*; como si dijera: Si al Padre que está en los cielos no le llamo *mío*, sino *nuestro*, con razón, esposa mía, no digo tierra *tuya*, sino *nuestra*, porque te di e hice participante de todas mis cosas, y así también tengo de participar de las tuyas.»

Allégase a esto que el alma no sólo se hace un espíritu con Dios, sino un cuerpo y una carne con Cristo, con unión mucho más estrecha que puede haber entre los hombres. Y si el matrimonio humano, por hacer a dos una carne con menos estrechura, les da un mismo señorío, el matrimonio divino, pues hace un mismo espíritu y una carne con vínculo más estrecho, debe tener la msima virtud. Por lo cual Arnulfo Lexoviense (12) absolutamente infiere que si Cristo Esposo es Señor, que la Esposa ha de ser Señora.

3. El tercer título es, porque el hombre que está en gracia es el fin de todas las cosas naturales, pues Dios para él las crió y ordenó, no para el pecador. Este título de *fin* es tan considerable, que, como notan algunos, el título de dominio que Dios tiene en las criaturas por ser el último fin de ellas, es el mayor que hay; y tal, dice un

---

(11) In *Cant.*, lib. 3, c. 10, par. 182.
(12) Serm. *Ad Patres Conc. Turon.*

doctor (13), que no es posible imaginarse mayor. Porque aunque fingiésemos que no dependía de Dios la criatura como de su causa eficiente o conservadora de su ser, con todo eso, en siendo Dios su último fin, tendría su autoridad y potestad sobre ella. Y esta autoridad de *fin* es en alguna manera mayor que la autoridad de causa eficiente, porque quien hace una cosa se mueve a obrar por el fin, y la obra tiene su medida y estimación del fin para que se hace; y así, el fin es la primera de las causas, por cuya causa se hacen todas las cosas, y es una manera de entrega y donación de ellas a aquella cosa para la cual se hacen. Pues a este modo, por ser el hombre santo el último fin criado de las demás cosas, es el señor de las demás criaturas de todo el mundo por un modo admirable. Por lo cual, cuando usa de ellas el pecador, están violentas y como injuriadas, y gimen, según dice la Escritura, y lamentan su injuria, que vengarán el día del juicio.

4. El cuarto título es, por ser el que está en gracia amigo de Dios con todo rigor. Porque entre los amigos todas la cosas son comunes, y como Dios es Señor de todo, el que es su verdadero amigo es también señor de todo. Esto tiene lugar entre Dios y el hombre mucho más que entre dos hombres; porque la amistad de los hombres sólo puede llegar a unir las voluntades, no las personas; mas la amistad divina llega a unir a Dios con el hombre, entrándose Dios en el que es su amigo y habitando en él, entregando al hombre, por ser amigo suyo, no sólo su afecto, sino su Ser. La amistad humana, como no es tan fina ni tan poderosa, une sólo los accidentes, y esto sólo moralmente, y entrega entre los amigos sólo las voluntades, y a éstas une, no a las substancias de los amigos, que pueden estar muy lejos uno de otro; mas como en Dios no haya acciden-

(13) Lessius, *De Perfec. Divin.*, lib. 10, cap. 5.

te, sino todo es substancia, y su amor sea el mismo Dios, y por otra parte su amistad sea finísima y eficacísima, une no accidente, y entrega no accidente, sino su misma substancia y la Persona del Espíritu Santo, el cual no se aparta ni puede apartar de quien está en gracia.

Y así como el que está en gracia no sólo tiene—por ser amigo de Dios—su amor, sino también al mismo Dios realmente, viene a ser que tenga juntamente todo cuanto tiene Dios; y como Dios no haga a su amigo sólo moral entrega de sí, sino real, viene a ser que la comunicación de todas las cosas y bienes de Dios sea mayor que la que puede haber entre otros amigos, porque es por entrega y posesión real de la Persona del Espíritu Santo. Por todo esto dijo Santa Angela de Fulgino que por la caridad, que es por donde se constituye la amistad de Dios, merece el alma heredar todos los bienes divinos. La misma Santa dice (c. últ.): «Mirad lo que dice Dios: Todas mis cosas son tuyas. ¡Oh, quién será el que merezca esto, que todos los bienes de Dios sean suyos! En realidad de verdad, no hay cosa que lo merezca, sino la caridad», porque hace amigos de Dios.

5. El quinto título es la excelencia de la gracia. Porque el señorío natural, como dicen los filósofos, se funda en la excelencia de las cosas; y como la gracia exceda incomparablemente a la naturaleza, a ella se le debe el dominio de la naturaleza. De manera que si todas las naturalezas hubiesen de elegir rey y señor, y hubiese alguna criatura que estuviese en gracia, a ésta se le debía el mando y señorío de todos, así por la excelencia del ser que tiene, como por la sabiduría natural que tendría, por lo menos, de la virtud de fe. Todo el mundo debiera hincar la rodilla, y reverenciar y sujetarse a un alma en gracia.—Allégase a esto la hermosura de la misma gracia, porque si de una gran hermosura se dijo que era

digna del imperio, la mayor hermosura de todo el mundo, cual es la de la gracia, será digna del imperio y monarquía del mundo.

6. Puédese juntar a todos estos títulos el título de victoria, esto es, por ser el que ha alcanzado la gracia vencedor del mundo, y así adquiere señorío sobre él. Añado este título, porque para con algunos doctores es de tanta consideración, que uno de los derechos por que Gerson, Lesio (14) y otros atribuyen a Cristo el señorío del mundo, es el de vencedor. Y San Pedro dijo (2 *Petr.*, 2): *De aquel por quien es uno vencido, es siervo suyo.* Y el poeta cantó (15): «Al vencedor, todas las cosas siguen.» Pues así como a Cristo, a título de vencedor, se le debe el señorío del mundo y el trono de su imperio, a este modo al que por alcanzar y conservar la gracia venció al mundo y demonio y carne y todas las cosas, parece se le debe el trono y señorío de todo. Por eso se le promete el mismo Cristo, cuando dijo en el Apocalipsis (c. 3): *Al que venciere daréle que se asiente conmigo en mi trono, como Yo, que también vencí, y me asenté con mi Padre en su propio trono.*

Este trono de Cristo es de majestad e imperio sobre todas las cosas, y eso mismo promete al cristiano que venciere. Otra vez dice (*Apoc.*, 2): *El que venciere y guardare hasta el fin mis obras, daréle poderío sobre las gentes, como Yo le recibí de mi Padre.* Y porque este poderío y trono de tan gran principado no se conoce en esta vida, dice en otra parte: *Al vencedor daré maná escondido.* Con mucha razón se puede llamar *maná escondido* este señorío, porque es *escondido*, pues no se echa de ver. Y dícese *maná*, porque es universal; porque así como el maná era una comida general, que era todas las comidas, porque sabía a todo lo que uno quería, y así era

(14) Gers. *supra*; Lessius, *De Perfect. Divin.*, cap. 5.
(15) *Victorem cuncta sequuntur.*

todos los sabores, por lo cual *encerraba en sí todo sabor y todo manjar*; así también esta suerte de señorío, que se da al que está en gracia, es general y universal de todas las cosas. De manera que aunque por la naturaleza de la victoria no se debiese a los santos el trono y majestad sobre todas las cosas, por la promesa y favor que Cristo les hace, se les daría.

Por tantos títulos como éstos se dice el que está en gracia Señor y monarca del mundo, y tiene un excelente principado de todas las cosas; con tal autoridad, que todos los reinos del mundo le deben reverenciar, y toda la majestad que se ve en los mayores monarcas y reyes es vileza respecto de su grandeza e imperio. Grande cosa es la gracia, grande su majestad, grande su principado, universal su monarquía.

Sépase estimar, pero con humildad, quien ha llegado a esta honra, y todos los reinos del mundo estime menos que la gracia, pues con ella los tiene más excelente y provechosamente. No es lo que digo encarecimiento, que no porque no lo vean los sentidos es increíble. ¿Quién viera a Cristo pobre y comiendo de limosna, y dijera que era verdaderamente Señor y Rey universal de todo? No lo dijera el sentido, pero dícelo la fe, y es la verdad. ¿Quién viera a la Virgen Santísima no hallar posada en Belén, y darla con la puerta en los ojos, y dijera que aquella humilde doncellita era Reina soberana de todas las criaturas, y que tenía el imperio de cielo y tierra y cuantas criaturas hay en él? Los ojos no pudieran creerlo, pero la verdad no es lo que ellos juzgan. A este modo, aunque inferiormente, tienen los que están en gracia su majestad y monarquía escondida. Cosa es ésta admirable, pero verdadera. Admirable es que Lázaro, mendigo, hambriento, llagado y podridas sus carnes, fuese mayor monarca que Herodes y que Tiberio César;

mayor señor era que ellos, pero no se parecía; mas la verdad no está siempre a la vista.

Gran cosa es la gracia, pero es maná escondido; no se conoce lo que es. Somos por ella hijos de Dios, y con este fundamento se puede creer todo lo que de ella se dice. *No se ha descubierto hasta ahora,* como dice San Juan, *lo que con ella seremos,* ni lo que somos ahora. No se distinguen en la apariencia los reyes del mundo por la gracia, de los esclavos del demonio por el pecado; pero hay entre unos y otros mayor distancia que hay del cielo a la tierra.

Bien notó esto San Pablo, y así dijo (*Galat.*, 4): *El heredero, todo el tiempo que es pequeño, no se distingue del esclavo, aunque es señor de todas las cosas.* En esta vida somos pequeños, hasta que en la otra crezcamos *en varones perfectos.* Pequeñuelos somos aquí, y no sabemos lo que nos tenemos con la gracia. Porque como un niño, heredero legítimo de un grande reino, que estuviese escondido, como lo estuvo el rey Joas, ni él conoce que es rey, ni lo saben otros, pero en realidad de verdad es rey; así los que están en gracia no saben en esta vida lo que se tienen, ni lo saben otros, pero en la verdad reyes son, monarcas son del mundo, y mayores señores que Augusto César y Alejandro Magno.

Todo el tiempo que anduvo Nabucodonosor por los campos no sabía él que era el mayor emperador del mundo, ni otros que le encontrasen lo juzgaran, siendo, como era, el rey mayor y más victorioso y glorioso de la tierra, que dentro de poco tiempo se tornó a su grandeza. En el desierto de este mundo andan deslustrados los justos y desfigurados de lo que son, nadie conoce su dignidad; pero en la verdad, principados tienen de todas las cosas y el dominio de excelencia en todo el mundo, al modo que Cristo y su Santísima Madre le tienen, si bien no con la misma ex-

celencia, pero con mayor que todos los demás señores y reyes del mundo, y de mayor honra.

§ 4

### VENTAJAS DE ESTA SOBERANIA SOBRE EL DOMINIO CIVIL

No queremos igualar totalmente esta monarquía de los hijos adoptivos de Dios con la calidad de monarquía que tiene el Hijo natural, Cristo Jesús; pero preferímosla a toda dignidad de cualquier monarquía civil. Ni es menor que los señores humanos porque el justo no pueda destruir ni consumir por su gusto las cosas de otros; pues tampoco los reyes pueden destruir las haciendas de sus vasallos, y con todo eso tienen la monarquía y principado en su reino.

Fuera de esto, muy mejoradas calidades tiene este dominio de la gracia que las del dominio civil y político.

1. Porque éste se introdujo por ocasión del pecado, y le fundaron los hombres; pero aquél fundóle Dios, y se reparó por la sangre de Cristo; y antes fué concedido de Dios a Adán cuando estaba en gracia. Y así, si no hubiera habido pecado, vivieran los hombres como ángeles con su dominio universal y común, sin la introducción de varios y particulares dominios que después del pecado se empezaron, y así saben a la pega; porque como su fuente fué venenosa, traen consigo mucho de veneno. La raíz está corrompida, y así los frutos no salen sanos. La experiencia muestra cuántos pecados se hacen en la adquisición del dominio civil, en su posesión, en su disposición, en su administración, con tantos cuidados, afanes, pesadumbres, pleitos, desasosiegos y peligros. De suerte que, como se introdujo con el pecado, ni le faltan pecados ni las penas de los pecados. Al contrario, es el señorío de la gracia puro, alegre, seguro, santo, suave, quieto;

al fin, fundado y concedido por Dios a sus hijos queridos.

2. Otra condición muy mala del dominio civil es ser grandemente estrecho y limitado, que no se puede comunicar a muchos enteramente, de modo que una cosa tenga muchos dueños, ni su uso puede igualmente servir a muchos. Al contrario es el dominio de la gracia, que es dilatadísimo y comunicable a muchos, de modo que por muchos que estén en gracia, no se disminuye el dominio de cada uno, antes se dilata. Sabe este dominio a las cosas espirituales y divinas, que son comunicables a muchos sin disminución, y siendo de cada uno, son de todos, sin hacerse daño unos a otros; como la gloria, que por más bienaventurados que entren en el cielo, no se disminuye en alguno. De esta manera, ni el dominio de la gracia ni el buen uso de él se disminuye por más que estén en gracia. Todos serán reyes, todos monarcas; porque es de esta calidad este soberano dominio, que no se mengua con muchos señores. Y lo que más es, que su uso se extiende a muchos, porque no es limitado a solo un modo su usufructo; porque las cosas no sirven a los Santos sólo con su presencia, sino también con su ausencia; ni sólo con su posesión, sino con su carencia y privación. De un solo pan pueden usar muchos justos, aun no comiendo de él todos. Si dos justos estuviesen muriéndose de hambre, y el uno sólo comiese del pan, que sólo fué suficiente para escapar a uno de la muerte, y no bastaba a dos, en este caso, aunque uno solo comió del pan, entrambos a dos se sirvieron de él: a uno sirvió para la vida, a otro para la paciencia, aunque se le siguiese la muerte; porque la muerte también servirá al justo, y milita en su servicio, y es para bien suyo, y por ventura mayor que al otro le fué el pan que comió, porque en eso se salva y asegura su gloria.

Y el dominio y uso de las cosas que tienen los que están en gracia no es para la vida temporal, sino para la eterna: y así, no impide su dominio al uso y derecho que tienen los señores particulares en sus dominios civiles; antes es tan noble el género de señorío de la gracia, que no sólo permite que otros justos tengan igual señorío, sino que deja a los pecadores en el dominio civil que tienen sin hacerles agravio en él.

De esta manera se debe entender este señorío de la gracia; porque los que dijeron que la gracia daba señorío civil y político a los que la tenían, de modo que se le quitaba a los pecadores, los cuales no quedaban propios dueños y señores de sus cosas, erraron con Juan Wiclef, y no engrandecieron por eso a la gracia.

3. También es gran falta del dominio civil estar pendiente de voluntad ajena y poderse perder contra la voluntad de su señor; porque puede un enemigo destruir las cosas que caen debajo de él. No es así en el dominio de la gracia, porque así como a la gracia nadie nos la puede quitar, tampoco el dominio que ella causa, que aun de las cosas que se pierden se sirve, y tiene uso de ellas, llevándolo en paciencia y ofreciéndolo todo a Dios, dándole gracias y sacando provecho para el alma.

4. Demás de esto, es mengua del dominio civil poderse privar uno de él, no pudiéndose comunicar a otro sin que falte al que le comunica. De lo cual se sigue tanto tráfago y distracción en el mundo, de mercancías, intereses, contratos, tanto ruido de pleitos y contiendas; al fin, toda la avaricia. Pero en el dominio de la gracia es todo lo contrario, porque tiene esta rara prerrogativa, que aunque se comuniquen sus bienes a otros, no se pierde nada; porque así como «Dios comunica su dominio, dice Gerson (16), sin perderle ni apartarle de sí, así también se

(16) Gers., sup., col. 592.

pueden compadecer con un justo otros muchos señores sin perder nada, antes extendiendo más su señorío. Y así, el justo no tiene necesidad de pleitear, ni de andar en tribunales por su dominio, porque sabe que todas las cosas son suyas en cualquier parte que las llevaren y pusieren; puede apropiarse a sí el dicho de aquel filósofo, que saliendo de una ciudad que se quemaba y no llevando cosa alguna consigo, decía: Conmigo llevo todas mis cosas. Embravézcanse los tiranos, levántese la fortuna furiosa contra el cuerpo del justo y sus bienes exteriores; ninguna cosa le quitarán que no quede en su dominio, siéndole de provecho, sirviéndole aun en estado de la naturaleza caída después del pecado, porque en el estado de la integridad de la naturaleza, o cuando esté en el cielo glorificado, no hay duda.» Todo esto es de Gerson, el cual añade luego (17): «Mucho más, sin comparación alguna, adquiere la caridad liberal, dando y comunicando, que la mezquina y avarienta tenacidad, reservando y apropiándolo todo a sí.» Con verdad y filosofía dijo San Jerónimo de la avaricia, escribiendo a Paulino, que tanto le falta lo que tiene como lo que no tiene; al contrario de la caridad del justo, que tanto tiene lo que dió como lo que posee.

5. Fuera de esto, es grandísima excelencia del dominio de la gracia, que recibe el justo más copioso y más suave fruto de las riquezas ajenas por el dominio civil, que el mismo que las posee y ama. Esto consideraba el Sabio cuando dijo (*Eccle.*, 5): *El que ama las riquezas, no recibirá fruto de ellas;* porque el fruto de todas las cosas ha de ser el bien del alma y la salvación eterna, la seguridad y el contento del corazón. Pues estos frutos más los coge el justo despreciando las riquezas, que los que las tienen en propiedad política por derecho civil. Todo esto

(17) Col. 593.

es confusión del avariento y envidioso; aquél necísimo, y éste cruelísimo. ¿Qué mayor necedad que la de la avaricia, que quiere tener sola lo que puede ser común, y por apropiarse a sí las cosas, las pierde, de suerte que ni tenga lo que la sobra ni lo que la falta, y por tener más, lo pierde todo, pudiendo tenerlo todo con no querer nada sino la gracia de Dios? ¿Y qué mayor inhumanidad que la del envidioso, que sus mismos bienes, o que puede hacer suyos, los aborrece por estar en otro?

Conozcamos esta excelencia de la monarquía de la gracia, y conozcamos las excelencias de su dominio. Rico es quien la tiene, rey y señor de todo. Al contrario, quien carece de ella, pobre es y miserable esclavo. ¿Quién más pobre que el que no tiene cosa que le aproveche, porque todo se le convierte en mal? Y pues que no sirve con sus bienes al Criador, no tiene bienes ni justa posesión aún de su hacienda. Por lo cual dice Guillermo Parisiense (18): «Aquello solamente poseemos con justo título que totalmente Dios posee en nosotros, esto es, aquello con que totalmente le servimos; porque, de otra manera, no sólo usurpadores, sino ladrones somos; porque en ninguna cosa tenemos algún derecho, si no es en aquello con que le servimos y en cuanto le servimos con ello. Esta es la compañía que hay entre Dios y nosotros, para que todo sea suyo y todo nuestro.» Y así, el pecador que usa mal de las cosas, no tendrá cosa; es pobre, es miserable, es esclavo de muchos amos, de la culpa, de la pena, del demonio, de su apetito, de sus pasiones, de la muerte eterna y temporal.

---

(18) *Tract. de Meritis*, p. 302, col. 1.

# LIBRO TERCERO

# TESOROS QUE ACOMPAÑAN A LA GRACIA SANTIFICANTE

## CAPITULO PRIMERO

### LA GRACIA ES CAUSA QUE TENGA EL ALMA LA CARIDAD DIVINA, Y CUÁN INCOMPARABLE ES ESTE BIEN

§ 1

*De la gracia procede la caridad.—El círculo del amor.*

La unión que causa la gracia entre el hombre y Dios, no es sólo por razón de su esencia, tan admirable y divina, ni sólo por traer al alma la persona del Espíritu Santo, sino también por razón del amor del hombre a Dios. Porque el amor es grandemente unitivo, y así no había de faltar en esto la gracia, para que por beneficio suyo nos uniéramos de todas maneras con la suma hermosura y bondad del Criador; y por eso es causa de la caridad, por la cual se une afectuosamente el hombre con D os. Porque es de tantos modos excelente y divina la gracia, que pide su grandeza que, junto con ella, se infunda la caridad, y la acompañe la reina de todas las virtudes humanas y divinas. ¡Qué her-

moso será el árbol que tales frutos produce! ¡Y qué nobilísima la esencia que tales propiedades pide! Porque como la gracia sirva al justo como de naturaleza sobrenatural, levantándole a un ser divino, así trae consigo propiedades excelentísimas y competentes a su perfección, y la principal es la caridad, al modo que la naturaleza del alma pide sus propiedades convenientes a su ser.

Y así, dice Santo Tomás (1): «Como la voluntad procede de la substancia del alma, así procede la caridad de la gracia, como también otras virtudes sobrenaturales de las otras potencias vienen de la gracia; pero todas sin la caridad son informes, y sin la gracia no pueden estar. Y en influyendo Dios su forma y esencia y la gracia en la substancia del alma, se influye también el hábito de caridad en la potencia de la voluntad.» Porque así como la naturaleza de las demás cosas es principio de algún movimiento ordenado a la perfección suya, o según su perfección, y para esto pide sus facultades, propiedades y potencias; como la naturaleza del fuego es principio de la acción con que abrasa y quema, y para esto pide tener la calidad del calor, así la gracia, que es como una nueva sobrenatural naturaleza y divina forma que recibe el hombre, y con ella un nuevo y divino ser, debe ser también principio de algún movimiento y acción divina, y no la hay más divina que el amor de Dios. Para esto es necesario acompañe a la gracia una divinísima facultad, con que el hombre pueda tener este divino movimiento, que mira a Dios inmediatamente; la cual facultad es el hábito de caridad que adorna y eleva nuestra voluntad para amar a Dios. Y con esto se perfecciona más el alma, uniéndose por sus potencias y afectos con su Criador.

---

(1) Opusc. *De dilect. Dei.*, cap. 6 in fin.

Con lo cual se cumple y consuma aquel divino *círculo de amor*, tan celebrado de San Dionisio Areopagita (2). Enseña este seráfico Doctor que el amor de Dios es un sempiterno círculo que procede del Sumo Bien, y con una conversión indeclinable viene a parar y terminarse en el mismo Sumo Bien. Porque por ser Dios infinitamente bueno, ama a las criaturas, y singularísimamente a las racionales justas, con amor de finísima amistad, haciéndolas con este amor hermosísimas, santas y divinas, por razón de la gracia que les infunde, y con eso las hace amabilísimas en su divino acatamiento. Hasta aquí es el progreso del amor de Dios por su Suma Bondad, conviene a saber, hasta causar la gracia en la criatura, por la cual se hace el alma objeto y término a que mira el amor de Dios con amistad verdadera, y es como la mitad del círculo. Pero desde la misma gracia comienza la otra mitad del círculo del amor, con que se vuelve al mismo punto de donde salió, que es la Suma Bondad de Dios; porque infundida la gracia en el alma, resulta de ella la caridad, que inseparablemente la acompaña, con la cual la criatura ama a Dios por ser infinitamente bueno, y se convierte a su Criador, apreciándole sobre todo lo amable y hermoso del mundo. Con lo cual se cumple la otra mitad del círculo perfectísimo de amor, saliendo por él Dios en sus obras a las criaturas, y tornando por él las criaturas al mismo Dios; procediendo por su bondad a las criaturas, y reduciendo a sí las criaturas por su misma bondad; porque la misma bondad infinita del Criador, que fué causa que produjese y amase a sus criaturas, ésa es causa que las criaturas se vayan a él y le amen fidelísimamente.

De manera que la gracia es el término de donde revuelve el círculo de amor, y se da principio a la divina conversión y reducimiento de las cria-

---

(2) *De Divin. Nom.*, cap. 4.

turas a Dios; porque así como la naturaleza divina, por ser infinitamente buena, es causa de su amor infinito, así la gracia, por ser participación de la naturaleza divina, lo es de la bondad infinita, y por eso ha de ser también principio de un excesivo y sobrenatural amor de Dios. Y como del amor infinito de Dios se colige ser su bondad y grandeza infinita, así de la grandeza de la caridad se puede colegir la grandeza de la gracia que da tal fruto.

## § 2

### *Excelencia incomparable de la caridad.*

Pero ¿quién podrá declarar cuán inmenso bien y grandeza sea la caridad, y cuánto se levante sobre todo otro bien de la tierra, y aun dones del cielo?

San Agustín dice (3): «La caridad es tan grande don de Dios, que se llama Dios.» No supo el santo qué decir menos, si se había de decir cosa digna de la caridad, porque cualquier otro encarecimiento le pareció desigual.

También al Maestro de las Sentencias le pareció tal este don divino, que juzgó no podía ser menos que la misma persona del Espíritu Santo, y que no había otro hábito de caridad más que esta divina Persona, por ser tan notables sus bienes y efectos, que le pareció no podían estar ni proceder de don alguno creado, sino de increado. Y aunque con razón le refuta Santo Tomás (4), nació este engaño de la grande estima que merece esta virtud.

El Angélico Doctor, con más acierto, dice, que aunque no es el mismo Dios, ni es infinita la caridad, hace efecto infinito, juntando el alma

(3) Epist. 106.
(4) 2ª, q. 23, art. 2, ad 3.

con Dios, porque levanta y allega el alma a lo infinito, siendo ella finita y limitada. ¿Qué dijéramos de la grandeza de aquella fuerza que a un peñasco que pesase muchos miles de quintales, o un monte que fuese mayor que los Alpes y Pirineos, en un instante lo levantase hasta donde está el cielo del sol y lo encajase todo en medio del cuerpo lucidísimo del mismo sol, para que resplandeciese como la luz de sus rayos? Fuera menester para esto una virtud inmensa; pero mayor es la fuerza de la caridad, la cual al peso de la voluntad humana, que es su amor inclinado a las cosas de la tierra, lo levanta sobre el sol y las estrellas y sobre el mismo firmamento, y traspasando a todo lo criado posible e imaginable, llega hasta el Criador, y une con él a la criatura racional, ilustrándola y hermoseándola con una claridad divina.

Esto es cosa incomparablemente mayor que levantar toda la redondez de la tierra sobre la cumbre de los cielos; porque toda esta distancia no es infinita, mas la distancia que hay de lo natural a lo divino, de la criatura al Criador, es exceso infinito, y así la fuerza de la caridad se puede llamar, en cierto modo, infinita, y con ella se fortalece y eleva la voluntad humana para la mayor obra que puede hacer criatura. Porque si le fuera dado a un hombre el fabricar cielo y tierra, el resucitar muertos, el poder hacer cuanto quisiera de toda la naturaleza, no hiciera obra mejor que un acto de caridad; porque la caridad excede, no sólo a toda potencia de las cosas naturales, pero a todas las potencias y virtudes sobrenaturales, y a todos los dones y gracias que reparte el Espíritu Santo, con tan notable exceso, que todos los dones del mismo Espíritu, y gracias *gratis datas*, aunque sean de profecía y lenguas y milagros, comparándose con la caridad son como nada. Y lo que más es, miradas absolutamente en sí, si no las acompaña la

caridad, son también como la misma nada para salvarse uno.

No digo en esto encarecimiento alguno, sino verdad de fe, y lo mismo que el Apóstol San Pablo, inspirado y enseñado del Espíritu Santo, el cual dice esta notable sentencia (1 *Cor.*, 13): *Si tuviera tal don de lenguas que hablara todas las lenguas de los hombres, y no sólo las de los hombres sino las de los ángeles, si no tengo caridad, no seré más que la lengua de un cencerro que hace ruido, o el retintín de una campana.— Y si tuviera tales dones de profecía y ciencia,* que alcanzara todos los misterios divinos, excediendo en este don a Isaías, a David y Daniel, *y aunque tuviera fe,* no sólo la teologal, sino aquella con que se hacen los milagros, y tuviera tal don de milagros *que traspasara los montes* de una parte a otra, *y no tuviese caridad, nada soy.* Porque todas estas cosas, sin caridad, nada son, en cuanto sin ella no pueden aprovechar para agradar a Dios y salvarse uno.—Luego añade lo que pone más admiración: Aunque fuera el más limosnero del mundo, de modo que distribuyese toda mi hacienda y cuanto tengo, aunque fueran reinos enteros, para sustentar pobres, y lo que más es, aunque me dejase quemar vivo, si acaso esto lo hiciera sin caridad, nada me aprovechara; como no aprovechó a Sapricio el ofrecerse al martirio y ser llevado a morir por Jesucristo, por faltarle caridad, no queriendo perdonar a San Nicéforo (5).

De manera que no sólo los dones de Dios como quiera, sino las obras de suyo virtuosas, sin caridad, son como si no fuesen para salvarse el alma. Yo no sé cómo se puede declarar más vivamente lo que es esta caridad que con la gracia granjeamos; pues respecto de ella, no sólo son nada todos los bienes de la tierra, sino los dones tan grandes que vienen del cielo. No sólo

(5) *Vita S. Nicephor.*

excede a las cosas naturales, sino a tantos favores, aunque sean sobrenaturales.

Fuera de no ser de valor don alguno ni virtud hecha sin caridad para merecer la gloria, la misma caridad da valor y vida a las demás virtudes, y ella sola vale por todas, y donde está ella en su punto están las demás. Por eso la llamó San Pablo *vínculo de la perfección*. Y Santo Tomás (6) dijo que era forma de todas las virtudes, porque ella las da vida, valor y mérito de vida eterna. ¿Qué mayor eficacia que ésta, que siendo una virtud la caridad, valga por todas las virtudes, y que todas las virtudes sin ella estén muertas, y ella dé vida a todas?

Por lo cual San Pablo atribuye a la caridad todas las obras virtuosas; y así dice, que *la caridad es paciente*, porque ella vale por la paciencia, y a la misma paciencia da forma y vida. *La caridad es benigna*, porque ella vale por la benignidad, y da a la misma benignidad forma y vida. *La caridad no tiene emulación*, porque vale por la concordia, y da a la misma concordia forma y vida. *La caridad no hace mal* a persona nacida, porque vale por la justicia, y da a la misma justicia vida. *La caridad no se hincha vanamente*, porque vale por la humildad, y da a la misma humildad vida. *La caridad no es ambiciosa*, porque vale por la modestia, y da a la misma modestia vida. *La caridad no se irrita ni enoja*, porque vale por la mansedumbre, y da a la misma mansedumbre vida. Lo mismo es de las demás virtudes, cuya reina y vida y forma y alma y fin es la caridad.

Demás de esto, así como la caridad da vida a todas las virtudes, así también mata y consume todos los pecados. ¿Qué mayor eficacia que la de esta virtud, que expelió siete demonios de la Magdalena, esto es, toda la multitud de pecados que tenía? La cual, porque tuvo caridad,

---

(6) L. c., art. 8.

oyó de la boca del Salvador que le fueron perdonados todos. ¿Qué mayor maravilla que aquella mujer pecadora y escándalo de su ciudad, en un momento, de una sentina abominable de vicios se hiciese por la caridad templo del Espíritu Santo?

Tanta es la eficacia de esta virtud contra los pecados, que si un hombre solo tuviera cuantos pecados mortales hicieron Caín, Judas, Arrio, Nestorio, Mahoma, Lutero, Calvino, Nerón y hará el Antecristo, y cuantos se han hecho por hombres y ángeles desde que Dios crió el mundo, y se harán hasta que se acabe, una sola gota de verdadera caridad los anegara a todos, una sola centella de amor de Dios los consumiera, y quedara aquel hombre de maldito, bendito, y de pecador, santo. ¿Qué género de fuego sería aquel que con una sola chispa consumiese cuanta agua tiene el océano? Mayor virtud es la del fuego de amor de Dios que consumiría todos los pecados del mundo, si un hombre solo los tuviera.

Por todo esto antepone el Apóstol (1 *Cor.*, 12) la caridad al apostolado, y profecía y don de milagros, y a toda virtud y a cuantos dones Dios puede dar después de la gracia. Y conforme a esta doctrina del Apóstol, dice San Laurencio Justiniano (7): «La caridad es la más gloriosa de todas las virtudes, y por su dignidad se compara al aceite, que siempre está superior a los demás licores; y lo mismo hace la caridad con las demás virtudes. Porque si sufriésemos martirio sin caridad, y diésemos toda nuestra hacienda hasta ser forzoso pedir de puerta en puerta, no tanto se debería premio a esta obra cuanto pena, y más tormentos por la perfidia, que corona por la victoria.» Esto se entiende cuando se hiciese por fin contrario a la caridad.

«Compárase también al oro entre los metales. Porque las obras, aunque sean en su género bue-

(7) In ligno vitae, *De Char.*, cap. 3, pág. 26, col. 2.

nas, son de plomo y de ningún valor para el mérito de gloria sin caridad; porque no aumenta el merecimiento la multitud de obras ni la duración de ellas, sino la caridad, que es de oro; esto es sin el hábito de caridad. Quien tiene caridad en sus costumbres, éste goza de cuanto está en los sagrados Libros claramente escrito, o en misterio escondido. De ella se dice en el *Apocalipsis*: *Yo te persuado que compres de mi oro flamante y probado, para que te hagas rico.*

»Compárase también por su excelencia la caridad al fuego, del cual dijo el Señor: *Fuego vine a arrojar en la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?* Y con razón se compara al fuego; porque así como el fuego con gran eficacia vuelve al hierro en una brasa, así la caridad enciende al alma que posee, y la hace un fuego. Porque el alma que hubiere una vez impresionado la caridad, no es señora de sí; por no ofender a Dios, teme aun lo que no sabe, duélese aun de lo que no importa, solicítase aún más de lo que quiere, aun no queriéndose compadecer, y sin querer, tiene misericordia.—El fuego también nunca está ocioso, tampoco la caridad; porque el amor de Dios nunca está parado mano sobre mano. Si le hay, obra grandes cosas; si no las quiere obrar, no hay amor.—El fuego echa resplandores, también la caridad; porque no resplandecerá el alma con los rayos de la hermosura eterna, si no fuere abrasada en la oficina de la caridad.—El fuego vuelve las cosas en polvo y ceniza; lo mismo hace la caridad. Y así, dijo Abraham: *Hablaré a mi Señor, aunque sea polvo y ceniza.*—El fuego sube a lo alto; lo mismo tiene la caridad. Y así, dijo San Pablo: *Deseo ser desatado y estar con Cristo.* Estaba el Apóstol lleno de caridad. Esto tiene la caridad santa e impaciente, que cree siempre que ve y halla a quien desea. No sabe pensar en otra cosa sino en su Amado, y así se sube al cielo, donde conoce está su amor.—El fuego es consu-

midor; también la caridad, porque con tan gran fuego se consume el orín del pecado, con cuanto fuego de caridad se abrasare el corazón del pecador.

»También se compara la caridad a una madre, cuyo afecto es más eficaz y oficioso; así la caridad es madre de todas las virtudes.»

Luego añade: «La caridad, por su excelencia, se cuenta la primera entre los frutos del Espíritu Santo, como lo dice el Apóstol; porque ¿qué otra virtud había de tener el primado entre los frutos del Espíritu Santo, sino la caridad, sin la cual las demás virtudes no se reputan por virtudes? Porque antes que esté ella en el alma, ningún fruto es agradable; pero donde está la caridad, allí hay mucho fruto.»

## § 3

### *Sólo por amor ha de obrar el justo.*

La causa de tantas maravillas de la caridad no es porque ella es el mismo Espíritu Santo, como se engañó el Maestro de las Sentencias, sino porque es una divinísima participación del Espíritu Santo, como enseña Santo Tomás (8). Por lo cual, Dionisio Cartusiano la llamó (9) «preciosísimo bálsamo de la divinidad y sobrenatural semejanza del Espíritu Santo». Porque así como la gracia es participación de la naturaleza divina, que es el mismo Dios, así la caridad es participación del Amor divino, que es el Espíritu Santo. Y así como el Amor divino procede de Dios, así la caridad procede de la gracia; porque como es propio de la naturaleza divina tener amor, así lo es de la gracia la caridad; cuyo hábi-

(8) S. Tom., art. 3, ad 3.
(9) S. Dionis. Cart., lib. *De Element. Theolog.*, proposit. 1, 52.

to es una excelentísima potencia debida a la gracia, como una nueva y divina naturaleza del hombre justo para obrar una acción y movimiento divino, proporcionado a su ser y estado divino.

Para que vea el cristiano que se ha hecho en Cristo nueva criatura y nuevo hombre, habiéndose confesado devotamente qué nuevas obligaciones tiene y qué acciones ha de tener competentes a su estado, no debe tener otro ímpetu sino de caridad. Mire cómo se levanta de los pies del sacerdote, habiendo recibido la gracia, y con ella una nueva y divina naturaleza. Ya no ha de tener otra acción más conveniente a su ser divino, sino amor de Dios. Para eso le infunden, junto con la gracia, la caridad, y le habilitan para tan alta obra. No deje estar ociosa virtud tan eficaz y fuerza tan poderosa.

¡Oh, si los hombres no pusiesen estorbo a esta divina inclinación de la gracia, qué fácil y qué suave les fuera el amor de Dios! Porque, como dice Santo Tomás (10), «ninguna virtud tiene tanta inclinación a su acto como la caridad, y ninguna obra tan deleitablemente.» Por lo mismo dice San Próspero (11) que la caridad es poderosísima entre todos los afectos, invencible en todas las cosas. Pues ¿cómo con tanta fuerza, inclinación y suavidad de la caridad, sienten los hombres tanta dificultad y molestia en las cosas del servicio divino, sino por los impedimentos que ponemos? Porque si desembarazáramos nuestra alma del amor propio y deseos de las cosas de la tierra, luego sentiríamos la facilidad y gusto de esta virtud divina. No hagamos violencia a tan noble y fuerte inclinación con los estorbos que le ponemos, y presto sentiremos que no hay cosa más suave ni de mayor deleite que el amor de Dios. Estimemos mucho la caridad, y por ella perdamos todo; porque, como dice el Espíritu Santo, *si diere el hombre toda su hacienda y substancia por ella, no la estimará más que la misma nada.*

Avergoncémonos de lo que dice Séneca (12): «Arroja todo lo que hace pedazos tu corazón, y si no lo puedes sacar de otra manera, el mismo corazón has

(10) Art. 2 in corp.
(11) *Vitae Contempl.*, lib. 6, cap. 13.
(12) Epist. 51, fine.

de arrancar.» El amor de la tierra despedaza nuestro corazón para que enteramente no pueda amar al Señor del cielo; sacarle del alma debemos, y, si fuera menester, por sacarle, las telas del corazón nos debíamos de arrancar. Sólo el amor de Dios ha de quedar y vivir en nosotros.

No es creíble la disonancia que debe hacer a los ángeles ver a uno que está en gracia y fortalecido con el hábito de caridad, que se le pase medio día sin hacer un acto de amor de Dios, haciendo ciento de amor propio; y estando ocupado en pensamientos de tierra, no levante algunas veces el corazón y alma al cielo. El servir y amar a Dios deuda es de todos, pero muy especial obligación es de los que están en gracia, así porque deben ser más agradecidos a su Divina Majestad por beneficio tan grande, y porque tienen ya potestad proporcionada para ello, como porque son amados de Dios con amor de verdadera amistad, lo cual no hace con los que carecen de gracia por no ser amigos suyos. Y este infinito y finísimo amor de Dios merece correspondencia. Por lo cual será la mayor ingratitud del mundo ser una criatura amada de Dios con tanta fineza y no pagarle este amor con amor. ¿Qué es esto? Dios muriendo de amores por el alma que está en gracia—séame lícito hablar así, pues verdaderamente murió por amor nuestro, y cuanto es por su caridad ahora, tornara a morir por nosotros, si fuera menester—, ¡y que haya alma que antes quiera morir eternamente que amar con fineza a su Amador! ¡Y más habiendo recibido esta divina potencia del hábito de caridad, sólo para que paguemos el amor de nuestro Criador y consumemos el preciosísimo círculo de amor que comenzó su infinita bondad!

No dejemos por acabar la más hermosa obra del mundo. Dios salió de Sí en sus efectos para amarnos; salga el alma de sí en sus afectos para amarle. Dios salió de Sí amando; tórnese el alma a Dios amando también. Ame aquella Bondad que tanto la amó, únase con su principio, júntese con su Dios, y consume el círculo de amor amando con todas sus fuerzas a quien para amarle empleó toda su omnipotencia. Esta ha de ser la ocupación del alma después de haberse confesado: amar a Dios, y amarle con toda la fuerza de la caridad. Porque no hay cosa en la naturaleza más activa ni que con mayor ímpetu busque su centro

que el fuego, se compara a él la caridad en la Sagrada Escritura. Ella es el fuego celestial que mandó Dios que ardiese siempre en el altar; porque quien por la gracia se ha hecho altar del Espíritu Santo, debe también tener en sí el fuego de la caridad. Oiga el cristiano lo que mandó Dios en el Levítico (c. 6): *Fuego arderá siempre en mi altar, el cual sustentará el sacerdote, echándole leña cada día por la mañana, y puesto el holocausto encima, abrasará las grosuras de las bestias pacíficas. Este fuego es perpetuo, que nunca faltará en el altar.* Este altar es el corazón humano; el fuego que está en él es la caridad, fuego que bajó del cielo y no se encendió en la tierra, porque la caridad sólo Dios la infunde, y no hay fuerzas naturales que la puedan adquirir; el sacerdote es el alma devota; las ramas y leña con que se ha de sustentar el fuego son los ejemplos de la Vida de Cristo, los misterios sagrados, los beneficios divinos, las santas meditaciones de las perfecciones de Dios. Con esta materia ha de cebar su caridad el siervo de Dios cada día, por la mañana, teniendo algún rato de oración sosegada.

También ha de hacer holocausto de sí mismo; porque si no se consume el amor propio, estorbará mucho al amor de Dios, el cual ha de abrasar y consumir todos los regalos de la carne y sangre, y hacer de todo agradable sacrificio al Señor. Con esto será perpetuo este fuego de la caridad en el altar de nuestro corazón.

## CAPITULO 2

### LA GRACIA ENRIQUECE AL ALMA CON TODOS LOS HÁBITOS DE LAS VIRTUDES SOBRENATURALES

### § 1

### *La gracia hermosea al alma con las virtudes infusas.*

No sólo enriquece la gracia al alma con la caridad, sino con otros muchos dones sobrenaturales. Porque fuera de las virtudes teologales

de fe y esperanza (1), que si no estuvieran antes en el alma, se infundieran con la gracia misma, nos adorna con los hábitos de todas las virtudes morales, no como quiera, sino sobrenaturales e infusas, que exceden a las naturales más que el cielo a la tierra, con las cuales queda el alma riquísima, y hecha un retrato del cielo e imagen consumada de la hermosura divina.

La cual describió el Profeta Ezequiel cuando nos pintó el estado de la gracia del primer ángel: *Tú eres un ejemplar de la semejanza divina, lleno de sabiduría y perfecto en hermosura; estuviste en las delicias del paraíso de Dios; toda piedra preciosa fué tu ornamento, el sardio, el topacio, el jaspe, el crisólito, la cornerina, el berilo, el zafiro, el carbunclo y la esmeralda; todo es oro la obra de tu hermosura, y tus clarines se prepararon en el día que naciste.* Porque en el punto que nace uno por la gracia a ser hijo de Dios y nueva criatura, se hace fiesta en el cielo, y los ángeles se regocijan con mayor alborozo que los hombres en sus mayores celebridades, cuando tocan clarines y otros instrumentos músicos; el cielo se alegra todo cuando renace el justo a Cristo, y admira su hermosura y los dones con que le enriquecen; porque el alma con la gracia participa la naturaleza y hermosura divina, y es hecha un dechado de Dios. Llénase su entendimiento de una sabiduría del cielo con un don soberano del Espíritu Santo. La voluntad se perfecciona con la virtud de la caridad, con una hermosura divina. Con esto es el alma donde Dios tiene sus delicias y su paraíso de deleites. Fuera de eso es vestida riquísimamente, cubierta toda de piedras preciosísimas y joyas de las demás virtudes.

Por estas riquezas que derrama el Espíritu Santo cuando comunica su gracia, dijo San Pablo

---

(1) 1, 2, q. 63, art. 3; Suárez, *De Gratia,* lib. 6, cap. 9.

(*Tit.*, 3) que *nos hizo Dios salvos por el bautismo de la regeneración y renovación del Espíritu Santo, que derramó en nosotros abundantemente.* Lo cual declara la Glosa, que es por la copia de virtudes (2).

Por lo mismo dijo David, pintándonos la hermosura del alma santa, que *estaba con vestido de brocado de oro, guarnecido todo alrededor con variedad*, por la multitud y diferencia de virtudes que adornan todas sus potencias. Y Salomón dijo que era *como la aurora que nace, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército de escuadrones ordenado*; porque no sólo tiene el alma que está en gracia las tres virtudes teologales, conviene a saber: la esperanza, que es como una aurora que nos promete la claridad de la gloria; la fe, que es como la luna que da luz, pero no clara, la cual ha de faltar en el cielo cuando nos amanezca el día de la eterna felicidad; y la caridad, que abrasa y enciende el corazón, y reina entre las demás virtudes como el sol entre los planetas; pero también es adornada y fortalecida el alma con el ejército de todas las virtudes ordenadas en sus escuadrones; porque la dan *la justicia* con todas las demás virtudes que en sí encierra, como la fidelidad, la veracidad, la religión y las demás que están en su cuartel; también la dan *la templanza* con la castidad, la abstinencia, la humildad y las demás de su compañía; danla juntamente *la fortaleza* con la magnanimidad, constancia y confianza, y las otras de su escuadra; y lo mismo es de *la prudencia*, con todas sus partes y bando. Todas las cuales son *un ejército de cuatro escuadrones bien ordenados* contra el mundo, infierno y la carne.

Allégase a esto que esta multitud de virtudes con que es ordenada el alma con la gracia, no son

(2) Capreolus in 3, d. 33, q. unic., art. 3, ad 2; Conradus, n. 2, q. 62, art. 3.

como quiera, sino todas de muchos mayores quilates que las que conocieron los filósofos, y nunca acaban de alabar. Porque lo que les pudo enseñar la filosofía a la luz de la razón, sólo fué la hermosura de las virtudes naturales; pero las que se infunden junto con la gracia son todas sobrenaturales y divinas, como lo enseña Santo Tomás (l. c.); porque esto pide la perfección de la gracia, por servirnos como de nueva naturaleza, y ser justicia sobrenatural, que hace justos y santos aquellos que la tienen (3). Porque así como la naturaleza de cada cosa pide tener principios intrínsecos, potencias y facultades con las cuales puede obrar competentemente y según su fin natural, así también la gracia, que hace al hombre nueva criatura y le sirve de una naturaleza divina, pide tener principios intrínsecos y competentes facultades para obrar en toda materia proporcionadamente a su fin último sobrenatural. Porque al ser se sigue el poder, y al poder el obrar, y todo con su proporción; conforme al ser ha de ser el poder, y conforme al poder el obrar. Por lo cual, de la misma manera que le dan al alma cuando la crían sus potencias naturales para obrar, así dan a la gracia, al mismo punto que se infunde en el alma, sus potencias sobrenaturales conforme a su ser y estado divino, que son las virtudes infusas y sobrenaturales (4).

Fuera de esto, la gracia es verdadera justicia sobrenatural y santidad del alma, por lo cual debe ser principio de que obre en todo justa y santamente, y así ha de traer consigo todas las virtudes necesarias para poder obrar obras justas, santas y sobrenaturales; por eso trae consigo todas las virtudes infusas que la adornan, hermosean y fortalecen.

Demás de esto, por la gracia se hace el hombre amigo verdadero de Dios, y el amor tira a trans-

---

(3) Suárez, l. c., n. 7.
(4) Suárez, lib. 7, cap. 9, núm. 14.

formar al amante en el amado, dándose a sí y a todos sus bienes. Para lo cual no tiene tantas fuerzas el amor criado; pero el amor eterno e increado de Dios, como más eficaz, une a Dios con el hombre, no sólo por afecto, sino juntándole con efecto, entrando Dios en el alma en gracia y comunicándola sus riquezas divinas, y en cuanto es capaz, sus atributos soberanos, haciéndola partícipe de sus perfecciones divinas; y así la infunde junto con la gracia las virtudes infusas, que son unas participaciones de los atributos divinos.

Hácese también el que está en gracia hijo de Dios, y es propio de los hijos ser imagen de los padres, no sólo con una semejanza general y por mayor, sino muy particular de las inclinaciones y condiciones suyas. Y como los hijos de Dios por gracia son más hijos, como hemos dicho, que lo son entre los hombres los hijos naturales de sus padres, así ha de haber más parecida semejanza de Dios, y de cosas más particulares, en los que están en gracia, que no en los que son engendrados de otros hombres. Por lo cual los que están en gracia se hacen semejantes a Dios, no sólo por la participación de la naturaleza divina, sino de su justicia, su misericordia, su verdad, su clemencia y las otras virtudes divinas, para lo cual les infunden virtudes semejantes.

Finalmente, los justos por la gracia se hacen ciudadanos del cielo, compañeros de los ángeles; son más que hombres, levantados a un ser y estado divino, y así han de tener propiedades y virtudes divinas conforme a su dignidad y estado.

Porque esta diferencia hay entre las virtudes naturales que llaman adquiridas, y las sobrenaturales que llaman infusas, que aquéllas dan facilidad al hombre para que obre bien como ciudadano de este mundo, y que vive con otros hombres, pero éstas dan facultad para que viva como ciudadano del cielo, compañero de los ángeles e

hijo de Dios, elevándole para que obre como tal, conforme al estado divino a que ha sido promovido y elevado por la gracia. Y así, hay mayor diferencia en obrar por las virtudes infusas o adquiridas, que hay distancia entre las acciones de un grande príncipe a las de un rústico. Porque una misma acción obrarán con gran diferencia, como es hablar, andar, comer; porque el villano hará todo esto groseramente, mas el príncipe con gran urbanidad. Y si llegasen a un rey, muy diferentemente haría el príncipe las reverencias y cortesías, y le hablara, todo con decoro y gracia y prudencia; mas el villano, muy tosco andaría y se turbaría. Pues el que obra por las virtudes infusas que por la gracia tiene, obra como ciudadano del cielo, vecino de los ángeles y príncipe en el reino de Dios; el que obra por las virtudes adquiridas, obra como aldeano de la tierra. Aquél obra conforme a la gracia; éste, sólo conforme a la naturaleza.

§ 2

*Estima de estas virtudes.*

Consideremos ahora qué bien es éste que con la gracia se nos da. Porque si los mejores filósofos juzgaron que consistía la bienaventuranza del hombre en la virtud natural y adquirida, ¿qué dicha es tener tantas virtudes sobrenaturales e infusas, que hacen tan incomparable ventaja a las que los filósofos alcanzaron, que aun conocer éstas no supieron, ni imaginarlas pudieron? Debemos admirar mucho que cosas tan grandes se nos dan sin trabajo ni sudor, sino liberalísimamente; y que se halle el hombre en un momento con ellas, costando tanto las virtudes naturales a los filósofos, que las pretendieron y no salieron con ellas. Desapropiábanse de sus haciendas,

desterrábanse de sus patrias, enajenábanse de sus padres, hijos y parientes, absteníanse de gustos, retirábanse del mundo y aun de la misma naturaleza; y con todo eso no salieron con las virtudes que con tanta pena y costa buscaban. ¡Y que de una vez se den todas las virtudes sobrenaturales al alma, sin costo ni trabajo suyo! ¡Qué mayor felicidad que ésta!

¿Qué diferente ventura sería la de un jornalero que todo el día desde la mañana a la noche estuviese trabajando y sudando, y luego se quedase sin jornal ni paga, y la de uno que al primer paso que diese se encontrase con un grande tesoro de mucha riqueza y valor? Esta ventura es del que recibe la gracia, pues le dan literalmente todo el tesoro de las virtudes infusas, no alcanzando otros las naturales con mucho afán y fatiga.

Mire el hombre qué pierde cuando pierde la gracia; mire lo mucho que con ella pierde, pues pierde cuanto con ella ganó. Fuera de perder la gracia, pierde tan hermosas virtudes que con ella le dieron, y queda desnudo el que estaba cubierto de piedras preciosísimas y andaba entre rubíes. Este miserable estado del que peca y la pérdida de tantas virtudes lloró el Profeta Jeremías con arroyos de lágrimas, y lamentó inconsolablemente cuando dijo (*Tren.*, 4): *¿Cómo se ha oscurecido el oro, cómo se ha mudado aquel excelentísimo y vivo color, y se han desperdiciado las piedras del Santuario por las calles y plazas? Los hijos esclarecidos de Sión, que estaban vestidos de oro finísimo, ¿cómo se reputan por unos vasos de barro y por obra de un ollero? Los que comían delicadamente, perecieron por los caminos. Los que fueron criados en grana y púrpura, han abrazado al estiércol. Eran sus nazareos más blancos que la nieve, de una candidez más resplandeciente que la leche; más colorados que el marfil antiguo; más hermosos que el zafiro. Ya se ha ennegrecido su rostro más que el carbón. No hay quien los conozca en las calles. La piel se les ha pegado a los huesos, seca y enjuta como un palo.*

A este estado se reduce quien se atreve a pecar, per-

diendo la gracia, y con ella la caridad y las demás virtudes sobrenaturales, con lo cual el que era más precioso que el oro se hace más vil que el lodo y cieno. El que era más blanco que la nieve y leche, se hace más negro que la pez y el carbón. El que era más hermoso que el zafiro, se vuelve más disforme que un monstruo. El que estaba adornado de piedras preciosísimas y de las joyas de tantas virtudes, las ha desperdiciado todas. El que estaba vestido de púrpura, está todo manchado y asqueroso por abrazarse con el estiércol. El que estaba armado con la fortaleza infusa, con la justicia sobrenatural, con una prudencia divina, con una templanza más que humana, está desnudo, debilitado y flaco, con la piel en los huesos, sin fuerzas ni aliento, y despojado de todas las virtudes morales y sobrenaturales que le fortalecían y adornaban.

Sintiera uno perder las fuerzas del cuerpo, ¿cómo no siente perder las fuerzas del alma? Tuviera por gran desgracia que le cortaran los brazos de carne, ¿cómo es tan inhumano contra sí, que corte los brazos de su espíritu? Porque no son las virtudes infusas otra cosa sino unas fuerzas divinas y brazos espirituales, para que obre el hombre obras divinas, y que excedan a todas las fuerzas naturales.

¿Cuán vil hecho fué el de Sansón, en dar ocasión, por el amor que tuvo a una mujer, a que le cortasen los cabellos, en que tenía sus fuerzas corporales, lo cual él no daría, aunque le sacasen el alma, si supiera lo que había de suceder? Y tuvo por tan gran agravio el que le cortasen los cabellos, prendas de su fortaleza, que por tomar castigo de sus injuriadores no dudó el perder la vida. Pero ¿qué tienen que ver las fuerzas corporales de Sansón con las espirituales, que dan las virtudes infusas al que está en gracia? ¡Y que sea el hombre que peca tan vil, que voluntariamente las quiera perder y cortarse a sí mismo los brazos y fuerzas sobrenaturales, sin enojarse consigo ni con el demonio que le engaña para que sea inhumano e infame contra sí mismo! Dios nos dé luz para entender esto, porque aunque con perder la gracia no se perdiera la gloria ni la amistad de Dios, por sólo no perder las virtudes sobrenaturales y resplandor que nos dan, la sangre, el corazón, la vida y el alma habíamos de dar.

Pero no se ha de contentar el que está en gracia

con sólo guardar los tesoros de virtudes que con ella posee, sino debe procurar lograrlos. No se ha de contentar con su guarda, sino con su uso; porque así como es culpable el perderlas, no será loable el no usarlas. Por *siervo inicuo y malo* tuvo el Señor al que guardó el talento, porque no le logró, ni le multiplicó, y por eso se lo quitaron. Grandes fuerzas tiene quien está en gracia para obras sobrenaturales: no esté ocioso, no se deje morir por no ejercitarlas; obre como hijo de Dios, trate con su Padre celestial y haga obras de hijo. Amigo de Dios es; haga muchos servicios, pues puede, a su amigo y su Padre, que está en los cielos. Ciudadano del cielo es; tenga su conversación en los cielos, y obre como los ángeles; mírese como ciudadano de la gloria y doméstico de Dios, como noble en su corte, y obre noblemente. No deje virtud que no ejercite, todas heroica y sobrenaturalmente, por fines superiores y respetos dignos de su estado, con perfección y limpieza del alma, con instancia y solicitud.

## § 3

### *Compáranse las virtudes infusas con las naturales.*

Ultimamente, se debe advertir mucho la diferencia que hay entre las virtudes sobrenaturales que se nos dan con la gracia, y las naturales que adquirimos con nuestras obras. Porque aquéllas dan facultad al alma para obrar las obras que antes no podía; éstas sólo dan facilidad. Para las obras naturales, el alma tiene bastante facultad en sus potencias naturales; y así, con las virtudes naturales no adquiere facultad, porque ya la tiene, y sólo adquiere facilidad. Mas como no tengan de suyo las potencias del alma facultad para obras sobrenaturales, dánsela con las virtudes infusas, y por esto sólo debían ser de mucho más estima y deben guardarse más; porque perdidas ellas, no tiene poder el alma sola para tales obras. Lo cual no pasa así en las obras de las virtudes adquiridas; porque aunque las perdiese todas, con todo eso le queda facul-

tad en sus potencias para hacer obras semejantes. Porque así como va mucha diferencia en un caminante si le quitasen sólo el caballo en que iba, o si juntamente le quitasen con el caballo los pies; porque quitándole el caballo sólo, le quitaban la facilidad del camino, pero quitándole los pies le quitaban también la facultad de caminar, quedando imposibilitado de dar un paso adelante; así también hay grandísima diferencia entre las virtudes adquiridas y las infusas; porque perdiendo aquellas sólo pierde uno la facilidad de obrar virtuosamente, pero le queda la facultad de sus potencias naturales para poderlo hacer, aunque no con tal facilidad; pero perdiendo las virtudes infusas, queda sin facilidad y sin facultad de obrar sobrenaturalmente los actos que antes sólo por ellas podía.

Pues si a la virtud natural estimaban los filósofos más que todas las riquezas de la tierra, solamente por la facilidad que daba para obrar según razón; las virtudes sobrenaturales, que dan facultad para obrar según hijo de Dios, ¿cuánto se deben estimar y la gracia que nos las trae? ¿Y cuánta razón es que las ejercitemos? Porque aunque no den facilidad de obrar, ésta se adquirirá con el tiempo, quitando los malos hábitos. Y no es excusa dejar de hacer obra virtuosa por tener dificultad, pues es propia gloria de la virtud vencer dificultades.

Aquel cojo desde su nacimiento que sanó San Pedro, luego que se vió con pies y fuerzas para andar, no se hartaba de saltar y ejercitar los pies y fuerzas que acababa de recibir. A un paralítico que sanó el Señor, también le mandó luego ejercitarse y probar el movimiento y fuerzas de sus miembros; mandóle tomar a cuestas su cama, y caminar con ella. Mayores fuerzas espirituales de virtudes recibimos con la gracia; gocémoslas, y no hagamos afrenta al Dador de la misma gracia.

# CAPITULO 3

## LA GRACIA TRAE AL ALMA LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

### § 1

Fuera de las virtudes sobrenaturales, trae la gracia consigo los dones del Espíritu Santo, que son unos hábitos más excelentes y divinos que las virtudes infusas y sobrenaturales, como enseña Santo Tomás (1), San Buenaventura, Dionisio Cartusiano y comúnmente los Escolásticos. Con los cuales queda el alma más rica y hermosa y más fortalecida, y con más perfectas propiedades, debidas a la perfección de la gracia. Porque como dice Dionisio Richel: «Así como por el alma recibe el hombre el ser natural y específico, así también por la gracia recibe el ser espiritual y divino. Y como de una simple esencia del alma no sólo nacen diversas potencias, sino proceden ordenadamente según su dignidad, y así se dice que es causa de unas potencias por otras, de la misma manera manan de la gracia diversas virtudes y dones, y así echa la gracia muchas ramas de virtudes y dones.» No entra en balde el Espíritu divino en quien está en gracia, sino llenándole de sus riquezas celestiales, y así le llena de sus *dones*.

Es tan notable este bien y grandeza, que el profeta Isaías, para encomendarnos la santidad de Cristo nuestro Redentor, la significa por la posesión de estos divinos dones, como una gran cosa, y dice así (*Isa.*, 11): *Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor subirá de su raíz, sobre la cual reposará el Espíritu del Señor: espíritu*

(1) 1, 2, q. 98, art. 3; Suárez, lib. 6, cap. 10; Dionis. Carthus., tract. 1, *De Donis Spir. Sanct.*, arts. 9, 13, 14 et 15.

*de sabiduría y de entendimiento; espíritu de consejo y de fortaleza; espíritu de ciencia y de piedad; y le henchirá el espíritu de temor del Señor.* Pues lo que dijo el Profeta como gran alabanza del Hijo de Dios, eso se da, por ser tan gran cosa la gracia, a todos los que la tienen. En ellos viene *el Espíritu del Señor*, y les infunde estos siete dones divinísimos, los cuales son bienes tan notables, que del don de la *sabiduría* solamente, dice el Santo Job (28, 13): *No sabe el hombre su precio, ni se halla en la tierra de los que viven regaladamente. El abismo dice: No está en mí; y el mar habla: No está conmigo. No se pagará dando por él oro finísimo, ni con pesar plata por su trueco. No son comparables con él los colores teñidos de la India, ni la piedra preciosísima del sardónico o zafiro. No le llega el oro, ni el diamante, ni aparadores de oro son dignos de trocarse por él. Las cosas más sublimes y levantadas de punto que hubiere en el mundo, no se mentarán, por no hacerse caso de ellas, para compararlas con él. Tráese la sabiduría de lo oculto. No es igual a ella el topacio de Etiopía, ni la tela más preciosa y limpia se puede poner a su lado.* Con todas estas figuras y metáforas quiso significar el Espíritu Santo ser este don suyo incomparable merced, más que si diera a uno todo lo más precioso del mundo.

Y si un don suyo es tal, ¿qué dicha es recibir siete semejantes de una vez? Es favor tan considerable en los ojos de Dios, que quiso se significase en un instrumento principalísimo del Tabernáculo, que ordenó estuviese siempre delante de su presencia y en aquella parte del templo que llamaban Santa. Y para significar más la estimación que de eso hacía, reveló al santo Moisés muy por menudo la traza y materia y demás circunstancias de él (2). Y fué aquel candelero todo de oro en cantidad de un talento, el cual tenía siete

(2) Exod. cap. 25.

luces, que representaban estos siete dones, y estaban ardiendo en el acatamiento divino, las tres todo el día, y todas siete las noches enteras. Todo este hermoso candelero estaba limpísimo, y era de oro purísimo; de lo mismo eran las lamparillas en que estaban las luces; porque para llegar a tener estos dones ha de estar el alma limpia por la gracia, y tener la caridad de Dios, significada por el oro.

Estos dones son unas calidades soberanas que nos disponen para oír las inspiraciones del Espíritu Santo y dejarnos mover de su divino instinto. Esta diferencia señala Santo Tomás entre las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, que las virtudes se dan para obrar excelentemente, por propia elección, y libre totalmente el uso del propio arbitrio, aunque ayudado siempre con la gracia; los dones son para obrar, movido el hombre del Espíritu Santo, para obedecer a su inspiración; para lo cual sirven los dones, disponiendo a uno para dejarse mover de este divino Espíritu, como las velas de la nave la disponen para dejarse mover del viento.

Esta diferencia significó también el Profeta Isaías, cuando, admirado de tan singular bien como tienen los que están en gracia, de estar adornados con las virtudes infusas y luego con los dones del Espíritu Santo, pregunta (*Isa.*, 60): *¿Quién son éstos, que como nubes vuelan y como palomas?* Los siervos de Dios han de estar levantados del mundo; no han de andar por la tierra, sino volar vecinos al cielo; y así, los compara a las palomas voladoras y a las nubes, porque cuando obran por las virtudes sobrenaturales, vuelan, y no muy alto, como las palomas, que es obrando ellos y trabajando, poniendo de su parte gran esfuerzo; pero los que obran por los dones del Espíritu Santo son como las nubes, que, sin conato propio, movidas del viento y elevadas con impulso exterior, van más altas.

Para entender mejor la grandeza de este bien que se da con estos dones al que está en gracia, dice Santo Tomás (3) que en el hombre hay dos principios con que se puede mover a obrar virtuosamente: uno interior, en el mismo hombre, que es la razón; otro, que no es el hombre, sino cosa fuera de él, que es Dios. Demás de esto, toda cosa que es movida de otra se ha de proporcionar con la que mueve; y cuanto más alto es el principio que mueve, tanto mayor disposición es necesaria en lo que fuere movido. Pues así como se requieren las virtudes para ser movido el hombre de la razón, así son necesarias otras disposiciones y perfecciones mucho más excelentes para ser movido por Dios. Pues estas altísimas perfecciones son los dones del Espíritu Santo, los cuales disponen al hombre para actos más excelentes y heroicos que los de las virtudes solas; para los cuales se mueve con gran facilidad y alegría, sin esperar más consejo para cosas muy arduas, como Finees para mirar por la gloria de Dios matando al deshonesto, y Eleazar para acometer lo más arduo del ejército infiel, y Sansón para derribar la columna en que estribaba el templo, a costa de su vida, y Daniel para introducirse juez de los dos ancianos enemigos de Susana, y Salomón para averiguar la madre legítima del niño por quien pleiteaban dos mujeres. Porque así como notan los filósofos en las virtudes naturales haber dos géneros o modos de obrar bien, uno moralmente con las virtudes ordinarias, otro heroicamente, por algún instinto y espíritu superior, así también en las obras sobrenaturales no había de faltar un modo de obrar por las virtudes infusas ordinarias, y otro más excelente y divino por los dones del Espíritu Santo, más por instinto divino que por elección humana.

---

(3) 1, 2, q. 68, art. 1.

§ 2

Estos divinos dones son siete. Los cuatro, que son intelectuales, son necesarios para ilustrar el entendimiento; los tres, para que la voluntad ejecute obras excelentes y divinísimas.

El don de *sabiduría* sirve de ilustrar al alma, para el conocimiento de Dios y sus divinos atributos. El de *ciencia,* para conocer las criaturas, para usarlas bien y hacer juicio de ellas acertado. El don de *entendimiento* es para penetrar los misterios divinos. El don de *consejo,* para usar con prudencia en orden al obrar bien de todos estos divinos conocimientos. Y así, estos cuatro dones consuman una prudencia divinísima y perfeccionan la parte intelectiva del hombre con las virtudes que en ella están.

Los otros tres perfeccionan la fortaleza, templanza y justicia, esto es, la parte apetitiva y las virtudes que en ella viven. La irascible y la virtud de fortaleza, con las demás que en sí encierra, se perfeccionan con el don de *fortaleza,* menospreciando los temores mundanos. La concupiscible y la virtud de la templanza, con las otras que contiene, se perfeccionan con el don de *temor de Dios,* con que refrena el hombre su apetito y deseos desordenados. La voluntad y la justicia, con todas las demás que tienen respecto a otro, se perfeccionan con el don de *piedad,* como enseña Santo Tomás.

El mismo Santo dice (4) que son obras de los dones del Espíritu Santo las ocho bienaventuranzas, en las cuales se encierra la perfecta imitación del Hijo de Dios.

¿Quién no se admira cuán hacendoso y trabajador está el Espíritu Santo en el alma que está en gracia, si ella no lo estorba, y con cuántas manos obra su salud y perfección, y cuántos buenos

(4) 1, 2, q. 69, art. 1.

oficios hace con estos dones soberanos, haciendo con cada uno muchos oficios y obras, y consumando la perfección y el edificio espiritual del alma? Porque, como dijo San Anselmo y lo repite Dionisio Cartusiano (5), «el primero de estos dones, como fundamento de los demás, es *el temor del Señor*. Este don pone el Espíritu Santo por cimiento en el campo de nuestra alma, y va sobreponiendo por su orden los demás, haciendo un hermoso edificio. Porque lo primero que hace el Espíritu Santo es hacer que tema el hombre no sea atormentado con los demonios. Sobre este santo temor coloca el Espíritu Santo la *piedad*, inspirando al alma temerosa de Dios la compasión de sí y de los prójimos, y dándola a conocer cuán miserable será si se apartare de Dios y fuere condenada al infierno. Por lo cual se dice en el Eclesiástico (30, 24): *Ten misericordia de tu alma agradando a Dios*. Y otra vez dice: *El varón misericordioso hace bien a su alma*. Y así, con mucha razón se sube al don de la piedad por el don de temor de Dios.

«Sobre el don de piedad pone el don de *ciencia*, porque temiéndose y compadeciéndose de manera que se busque el camino de la salvación, le comunica el Espíritu Santo su conocimiento. Sobre el don de ciencia constituye el Espíritu de verdad en el edificio espiritual al don de *fortaleza*; porque cuando el alma temerosa y dolorida reconoce lo que debe hacer, conviene que el Espíritu Santo la dé fortaleza para ejecutar lo que aprendió ser bueno, y con lo que confía salvarse; porque la ciencia sin la vida buena no aprovecha, sino daña. Al don de fortaleza añade el don de *consejo*, porque habiéndose hecho el alma fuerte para obrar, y con temor piadoso conocido lo que ha de hacer, aprende del Espíritu Santo cómo ha de consultar de estas cosas. Es el don de consejo una habitual perfección del alma, que la imprime

(5) Anselm., lib. *De Similit.*; Dion., tract. 1, art. 12.

el Espíritu Santo; por la cual se mueve a obrar en todas las cosas según los consejos divinos. Sobre este don de consejo pone el Espíritu Santo el don de *entendimiento*, para que, después de la perfección de todos los dones dichos, entienda el hombre por qué debe hacer unas cosas y otras no, y que de sólo Dios debe esperar galardón y premio. Finalmente, todos estos dones colma el Espíritu Santo con el don de *sabiduría*, para que lo que se conoce con el don de entendimiento sea sabroso y dulce con el don de la sabiduría. Y así, sólo por amor de la justicia y santidad siga el alma lo que entiende se debe seguir.»

§ 3

Tantos bienes como éstos trae la gracia al alma, atrayendo al Espíritu Santo con sus riquezas y dones para obrar en ella tantos bienes, y consumar el edificio espiritual de su perfección. Pero el mal es que nosotros no nos dejamos labrar, no respondiendo a sus santas inspiraciones. ¡Miremos cuánto va de estar en gracia a no estarlo!, pues quien carece de ella no tiene en sí estas riquezas y fuerzas divinas, y quien las tiene las goza. Quien está sin gracia, está como tronchados los brazos y sin tener un amigo fiel que le ayude; pero quien está en gracia está con los brazos sanos y enteros de las virtudes infusas, y fuera de esto tiene los brazos del Espíritu Santo, amigo fidelísimo, que con sus dones le ayuda y mueve para lo que no puede con las virtudes. Mire el que acaba de confesarse bien qué fortalecido queda y prevenido de parte de Dios, si él se quiere ayudar para crecer en el servicio divino, y la obligación que a ello tiene, y cuán infame desagradecimiento será no aspirar a más. Uno dijo que sería fementido y traidor a la república quien cortase las manos a Fidias, porque le privara de hacer estatuas y obras tan primas como hacía: ¿qué dirán las jerarquías de los ángeles del que corta las manos al Espíritu del Señor, para que no haga obra tan rara como la de la salvación eterna y perfección espiritual, y deje de perfeccionar una vivísima y muy semejante imagen de Dios?

¿Quién no ve lo que pretende Dios de aquel a quien da su gracia, pues la guarnece y esfuerza tanto? No hace Dios las cosas desproporcionadamente. Enriquecer al alma con las virtudes teologales, después con las demás virtudes infusas, después con los dones del Espíritu Santo: no es todo esto para que se quede el hombre tan insensible como antes, cautivo de su carne y sentidos. No es para que esté sujeto al príncipe de este mundo el demonio, guiándose por leyes mundanas y vanos pundonores. No es para que codicie y amontone el estiércol de los bienes de la tierra. No es para que sea uno mismo después de ser hijo de Dios, que era cuando fué hijo del demonio.

Echese de ver alguna diferencia, cuando uno se ha confesado y recibido en su pecho al Señor de cielo y tierra; témplese en sus gustos, modere sus vanidades, evite entretenimientos seglares, desprecie honras mundanas, empléese en obras santas, tenga su conversación en el cielo y gaste con su Dios algunos buenos ratos en lección santa y oración; sea diverso de sí en lo exterior, pues en lo interior es otro. Si Dios abriera los ojos a uno para que se viera después de confesado, qué mudanza y transformación ha pasado por su alma, no dudo sino que la hiciera también en el modo de vida y costumbres, y que no sufriera en sí tal desproporción, ser tan otro en lo interior, y ser tan el mismo en lo exterior, mal sufrido como antes, impaciente, vano, descuidado de sus obligaciones, perezoso, hablador. No ha de ser hombre quien ya *es un espíritu con Dios:* quien tiene tantas virtudes sobrenaturales y al Espíritu Santo en su pecho con todos sus dones, diferente ha de ser que cuando era cueva de demonios.

## CAPITULO 4

### VIRTUD DE LA GRACIA PARA DESTRUIR AL PECADO MORTAL, CUYA GRAVEDAD SE PROPONE

### § 1

No solamente es preciosísima la gracia por lo que es en sí, y por los bienes que causa tan inestimables, como hemos dicho y diremos, sino tam-

bién por los males que quita; porque cuanto es buena en sí y fértil para causar el bien, es también eficaz para destruir el mal, contra el cual es poderosísima. Y así, en el libro de los *Cantares* se compara el alma que está en gracia a *los ejércitos bien ordenados y terribles*, por la fuerza que tiene contra sus contrarios.

San Bernardo, considerando aquella semejanza en que se compara la Esposa *a la caballería de los carros de guerra* con que se peleaba antiguamente, repara por qué siendo una el alma, se dice semejante a tan grande multitud como la de una caballería militar. La causa es por las grandes fuerzas que tiene con la gracia, y así dice el Santo (1): «No te maravillarás, que siendo una el alma, se diga semejante a la muchedumbre de la caballería, si adviertes cuán grandes ejércitos de virtudes están en un alma santa, cuán grande orden en sus oficios, cuánta disciplina en sus costumbres, cuán grande armería en sus oraciones, cuán grande fortaleza en sus acciones, cuán grande terror en su celo; finalmente, cuánta continuación de batallas con el enemigo y numerosidad de triunfos. *Terrible es como un ejército de escuadrones bien ordenado.*»

Por todas partes es buena la gracia; buena por lo que es, buena por lo que causa, buena por los bienes que trae, y buena por los males que ahuyenta, que son los mayores de todos, pues son los pecados. Muchos medicamentos hay estimadísimos, no por sí, porque en sus calidades son desapacibles a todos los sentidos: al gusto, amarguísimos; al olfato, violentos; al tacto, ásperos; a la vista, de mal color y figura; y que tampoco tienen virtud para causar algún bien en el cuerpo sano; sólo porque quitan algunas enfermedades son de suma estima, y se buscan con sudor en las entrañas de la tierra, y se traen del cabo del mundo. ¡Cuán estimada debe ser la

(1) Serm. 39, in Cantic.

gracia, pues ella en sí es tal, y causa tan buenos efectos, y quita tan extraños males, y esto con circunstancias notables! Lo primero, porque lo que quita es el más poderoso y maldito mal que hay, tomándose con el más fuerte enemigo de todos. Lo segundo, porque lo hace sin guardar proporción, pues para este efecto lo mismo hace un átomo de gracia que millones de grados. Lo tercero, por el modo con que le quita, que es totalmente destruyéndole. Lo cuarto, por el poco tiempo, porque instantáneamente obra. Verdaderamente, aunque no tuviera otra cosa la gracia, solamente por esta virtud tan notable fuera cosa estupenda y rarísima; porque no se puede imaginar fuerza más eficaz que esta contrariedad que al pecado tiene, y el modo con que le destruye y asuela.

Consideremos las circunstancias dichas. Lo primero, quita la gracia al mayor mal de los males y más deshauciado de todos; al que es imposible curar con todas las diligencias y fuerzas de los hombres y ángeles, así naturales como sobrenaturales. Sólo es su remedio la gracia. Porque es el pecado tan extraño mal, que en su comparación no hay otro mal, antes es él lo que sólo se puede decir con verdad ser mal. Lástima es cuán engañado anda el mundo estimando por menos mal al pecado que a otras cosas temporales. Por menos mal suelen estimar ofender a su Criador, que carecer de un gusto de bestias, que pasar con pobreza, que sufrir una injuria, que padecer una fuerte dolencia.

¡Oh necios hombres y desatentados! Mirad que estas cosas no son males, antes pueden ser bienes; sólo el pecado es malo, y es imposible sea bien, o que os pueda estar bien. No creáis a vuestra pasión, que os escanta. Miente vuestro apetito; miente vuestra pasión si os dice otra cosa; miente contra el Espíritu Santo. Temblad sólo del pecado, que esto es sólo mal, y así sólo de

temer. ¿A cuál debéis creer más, a vuestro apetito bestial, o al Espíritu Divino, que sólo al pecado dice a voces que es malo por la boca de sus Profetas? De Cristo nuestro Redentor dijo Isaías (c. 7), que *había de reprobar el mal y elegir el bien.* Cristo eligió y tomó para sí tan de veras la pobreza, la humillación y los dolores, que para dar señas suyas le llama el mismo Profeta (*Is.*, 53) *el despreciado, el último de los hombres, el varón de dolores.* No reprobó el Hijo de Dios la mendiguez, las aflicciones, la humillación: luego no son males. Al pecado sólo aborreció con tal extremo, que toda su predicación gastó en vituperarle y medicinarle, y dió sangre y vida por condenarle. Los que el mundo juzga por males, ésos no reprobó, sino eligió para Sí, y con obras y palabras los encomendó y alabó con tal extremo, que llamó *bienaventurados los pobres de espíritu, los afligidos y los perseguidos.* ¿Cuál será más verdad, lo que dice el Hijo de Dios, sabiduría eterna, o lo que dice tu pasión bruta? Cristo dice que son bienaventuranzas las penas de esta vida llevadas bien, y que sólo es mala la culpa; el mundo dice lo contrario. Juzgue el cristiano a quién debe creer.

El Apóstol (*Hebr.*, 4) dice que fué Cristo *probado en todas las cosas adversas, fuera del pecado;* porque éste sólo reprobó. y éste sólo es mal. No es malo lo que la suma Bondad puede dar, puede querer, puede tener. Las penas Dios las da, Dios las quiere, Dios las quiso padecer; luego no son malas, pues se compadecen con la bondad divina. El pecado sólo es tal monstruo, que ni Dios le puede causar, ni puede ver, ni puede tener, porque en el mismo punto dejaría de ser Dios. Aunque tuviera uno cuantos trabajos y tormentos hay en esta vida y en la otra, no por eso se llamara malo; pero tenga sólo un pecado mortal, por ése sólo será y se dirá malo, porque sólo el pecado es mal.

Pero demos que hubiese otros males verdaderos; el pecado será siempre el mayor mal de los males, por lo que excede a los demás y porque es causa de los demás.

El mal, dicen los filósofos y Padres de la Iglesia, que es privación de algún bien. Así, dijo San Juan Damasceno (2): «No es el mal otra cosa sino privación de bien, como las tinieblas son privación de luz.» Y San Agustín dice (3): «Ninguna es la naturaleza del mal, sino la pérdida del bien tomó nombre de mal.» Y tal será el mal, cual fuere el bien que se pierde. Hagamos, pues, algún cómputo de los bienes de que pueden privar otras cosas que se llaman males, con el bien de que priva el pecado.

La pobreza es privación de riquezas; la ignominia, de honra; la muerte, de la vida y todos sus gustos. Pues las riquezas temporales, caducas, perecederas, peligrosas, ¿qué bien pueden ser en comparación de las riquezas eternas y seguras de que priva el pecado? La honra y gloria mundana, ¿qué bien pueden ser respecto de la gloria celestial, de que priva el pecado? La vida temporal del cuerpo, ¿qué bien puede ser respecto de la vida espiritual del alma, de que priva el pecado? Y todo junto, riquezas de este mundo, honras, gustos y vida, ¿qué bien pueden ser respecto de Dios, de quien priva el pecado?

¡Oh monstruo horrendo y pestilente, que tanto bien llevas del alma! ¡Oh mal infinito, que nos privas del bien infinito! ¿Qué tiene que ver Dios, del cual nos priva el pecado, con el estiércol de las riquezas temporales, de las cuales priva la pobreza, y con los demás bienes miserables del mundo, que quitan los otros males? Infinitamente excede Dios a todo otro bien; y así, al pecado que nos priva de tanto bien, le hemos de mirar como mal infinito, que infinitamente

(2) Lib. 2, *De Fide*, cap. 4.
(3) Lib. 11, *De Civit.*, cap. 9.

excede a todo otro mal. En Dios están todos los bienes: gran mal es el que priva de tantos bienes. Todo mal es el que priva de todo bien.

§ 2

Fuera de esto es mal de los males el pecado, porque fué causa de todos los males. Un solo pecado de Adán echó de sí tal pestilencia, que inficionó a todo el mundo e introdujo cuantos males hay: necesidades, guerras, hambres, dolores, enfermedades, pestes, afrentas, injusticias, desafueros, corrupción de la naturaleza y la misma muerte. ¡Si la tierra se abriera y te mostrara los huesos de los hombres que tiene en sí, unos carcomidos, otros deshechos, otros medio descarnados y asquerosos, y en un punto te mostrara millones de difuntos, y asombrado de tanta multitud te repitiera a voces: «Este es efecto de sólo un pecado!» Sólo Jerusalén te representara, de los que a cuchillo y violentamente murieron en su cerco, un millón de cadáveres (4), fuera de otros innumerables que en su tierra perecieron entonces. En una guerra sola de las que tuvieron los romanos con Cartago, murieron millón y medio. Julio César, sólo de franceses y españoles, mató un millón y ciento noventa y dos mil, sin los romanos con que acabó en las guerras civiles. Quinto Flavio también degolló un millón de franceses.

No hay miseria de la vida que no dé voces de lo que es pecar, pues ella fué parto de tal madre. De todo mal es causa el pecado, y él es mal de males. Asombro es la fuerza de esta ponzoña. Una gota sola que derramó nuestro primer padre en el mundo, así le corrompió con tantas calamidades, desgracias, enfermedades, dolencias,

(4) Ex Joseph. V. Lipsium, lib. 2, *De Const.*, cap. 21; Orosium, etc., S. Aug.; Plin., lib. 7.

latrocinios, violencias, sinrazones, desdichas; porque cuantas ha habido y habrá desde que Adán pecó hasta que se acaben los hombres, todas son flatos de aquel veneno. Y lo que más espanto pone es, que cuantos pecados hay en el mundo son también efecto de un pecado: porque no se puede decir más de esta pestilencia, sino que no sólo es causa de tantas penas, sino de tantas culpas. Pues aunque son tan sin número las penas de la vida, son más las culpas; y todas, penas y culpas, brotaron del pecado.

No hay monstruo más horrendo que el pecado; ni el demonio tiene otra deformidad sino la que el pecado le pegó. No sé quién no tiembla de pensar sólo que pueda pecar. No sé quién no revienta antes que se atreva a pecar.

Pues a este monstruo tan robusto y violento sólo la gracia le destruye. Fortísimo es este enemigo; pero más fuerte es la gracia que contra él prevalece. El pecado mata al hombre, la gracia lo vivifica. El pecado le disforma, la gracia le hermosea. El pecado le agrava, la gracia le sublima. David dijo de sus pecados, que *como peso muy grave se habían agravado sobre él.* La gracia es tan poderosa, que destruye esta inmensa gravedad del pecado, tan fácilmente como a la espuma deshace un soplo. La gracia levanta al hombre caído. La gracia resucita al que estaba muerto. La gracia reconcilia al que era enemigo de Dios. La gracia descarga y recrea al que estaba oprimido. Todo esto puede la gracia, por ser santidad de la criatura, con que hace agradable a Dios a quien la tiene, y entrando en el alma, asuela cuantos pecados mortales topa, arrasa tan inmobles montañas y quita todos los males.

§ 3

Pero esta fuerza de la gracia no es sólo quitar tan grande mal y tan imposible de quitar. Otra segunda maravilla es que le quita y vence sin guardar proporción. Por eficaz que sea una medicina, tal puede ser la grandeza del mal y tan poca la cantidad del medicamento que se aplica, que no haga efecto alguno; y así, es menester que se proporcione la cantidad del medicamento con la calidad del enfermo. No es así en la gracia; porque aunque uno tuviera todos cuantos pecados hicieron y harán todos los mayores pecadores del mundo, desde Caín hasta el Antecristo, la más mínima gracia, como dice Santo Tomás, bastara para destruirlos todos de una vez. Tanta es su eficacia y contrariedad que tiene a lo malo, que no puede ser si ella no fuera muy buena y la verdadera santidad.

La tercera circunstancia que hace admirable la eficacia de la gracia, es que no sólo quita tan inmenso mal como el pecado, ni sólo que esto se haría con cualquiera brizna de gracia, sino que destruye al pecado como si no hubiera sido; porque no sólo sana en la superficie, sino en lo interior y más profundo del alma, de la cual no sólo le limpia, sino le arranca y destruye, como si tal no fuese, sin dejar culpa grave. Por eso dijo Dios por el profeta Isaías: *Lavaos, estad limpios; quitad de mis ojos el mal que tenéis en vuestros pensamientos. Si fueran vuestros pecados como la grana, se emblanquecerán como la nieve; y si fueran colorados como la púrpura, serán blancos como la lana.* Porque así como la blancura no permite mezcla de otro color, así la gracia no permite consigo mezcla de pecado mortal, que no destruya y lave.

Lo mismo quiso significar el profeta Miqueas (c. 7) cuando dijo: *Volveráse el Señor y se apia-*